

qué me has abandonado?—dijo en su dolor y desconsuelo. Sufrió sed espiritual y natural. Consumó la obra de la Redención y en las manos de su Padre encomendó el espíritu.

XII

Los judíos no podían imponer la pena de muerte en el día de la Pascua, ni los cadáveres de los ejecutados debían estar tampoco manifiestos aquel día en el lugar del suplicio. Era necesario, por tanto, arrancar el del Salvador de la Cruz, porque aquel mismo día, según unos expositores, ó al día siguiente, según otros, se celebraba esta solem-

nísima fiesta. Los soldados romanos inspeccionaron los cadáveres que habían sido crucificados y, al ver que Jesús era realmente muerto, como habían informado á Pilatos el Centurión y los sacerdotes judíos, uno de los que formaban la cohorte atravesó con una lanza el costado de Jesús. Y aquel corazón de fuego, según la hermosa metáfora de Jeremías, aquel incendio de amor oculto, no pudo contenerse ya en tan estrechos límites, dice Santo Tomás de Villanueva, y se manifestó á la vista de los mismos ingratos y sangrientos verdugos.

Era ya muy cerca de la noche cuando aparecieron los santos varones y, bajando de la Cruz al Salvador, lo entregaron á su querida Madre.

Entonces estrechando contra su pecho el cadáver del amado de sus entrañas, renovó los tormentos que había experimentado su alma durante el tiempo de tan cruel sacrificio.

La Historia nos pinta el desconsuelo de la reina Ariga, que, habiendo perdido á su esposo en lo más regio de un combate, lo halló al fin despedazado y cubierto de sangre, y, estrechándolo contra su pecho, murió por la vehemencia de su dolor. La Historia Sagrada nos describe el llanto universal del pueblo de Israel, cuando el desgraciado príncipe Josías fué muerto por sus enemigos, á la vista

de sus hijos que le adoraban. Pero nada es bastante á bosquejar el dolor de la Virgen al contemplar muerto á su Hijo.

En proporción del amor es el dolor que se sienta por la pérdida del objeto amado. Cuanto el sujeto es más sensible y el objeto más digno, el dolor se aumenta en formidable incremento.

XIII

Jesús fué colocado en un sepulcro abierto en una roca, para darnos á entender cuál debe ser la firmeza de nuestro corazón. Estaba este sepulcro en un jardín: porque como en un jardín fué donde pecó el primer hombre y mereció la muerte, quiso el segundo Adán ser sepultado en un jardín, para resucitar-

nos consigo y darnos una nueva vida.

El sepulcro en que fué enterrado Jesús no era suyo. Ya él lo había anunciado así, en otro tiempo. *Las bestias del campo tienen sus cuevas y madrigueras para recogerse; pero el Hijo del Hombre no tendrá sobre qué reclinar su cabeza.*

«Maria, dice también Monseñor de Rojas, necesitó hacer un esfuerzo sobrehumano para retirarse de aquel sitio donde su alma quedó sepultada con el Divino Jesús. Separada, por fin, de aquel sér que tan tiernamente amaba y la había amado, se encontró sola en medio del inmenso páramo del mundo, semejante á una flor á quien el furioso vendaval ha tronchado el tallo, ó como una enredadera á la cual falta de pronto el apoyo que la sostiene».

Al acercarse Maria, cae de rodillas, se abraza á la Santa Cruz con efusión y la adora con toda la ternura de su grande alma.

San Pablo dice que el cristiano debe gloriarse en la Cruz. San Juan Crisóstomo afirma que la Cruz es la esperanza de los cristianos, la resurrección de los muertos, guía de los ciegos, áncora de los desesperados, freno de los poderosos, consuelo de los pobres, destrucción de los soberbios, pi-

loto de los navegantes, padre de los huérfanos, apoyo de los desvalidos, custodio de los niños, ayo de los jóvenes, director de los hombres, y fin de los ancianos.

San Juan Damasceno dice que la Cruz es la llave que nos abre las puertas del Paraíso.

Y San Agustín dice, que cuando en el último día de los siglos venga el Señor á juzgar á los vivos y á los muertos le precederá la Cruz, á la manera que ante los soberanos preceden sus estandartes ó insignias.

A. ARAGÓN FERNÁNDEZ
MISIONERO APOSTÓLICO.

¡JESÚS!

La profecía se ha cumplido: el Salvador del mundo ha visto la luz en un rincón de la Judea. No ha nacido en un soberbio palacio, sino en un pesebre obscuro y solitario; no se ha revelado á los poderosos de la tierra, sino á los pequeños y humildes; no ha reunido en torno de su cuna á los felices, sino á los desgraciados; declarándose con preferencia por este primer acto de su vida, Dios de los pobres.

Jesucristo aparece entre nosotros lleno de gracia y todo verdad; la autoridad y dulzura de su palabra subyuga; en sus milagros, entra por más la bondad que el alarde del poder; para inculcar sus preceptos elige el apólogo ó la parábola, que se graban fácilmente en el espíritu de los pueblos. Ante las flores del campo, exhorta á sus discípulos á que esperen en la Providencia, que da vigor á las plantas y alimento á los pájaros; al contemplar los frutos de la tierra, les enseña á juzgar á los hombres por sus obras. Le presentan un niño y recomienda la inocencia; se ve entre pastores, y se titula pastor de almas, y se representa llevando á las espaldas la oveja descarriada.

No hay ejemplo en la historia de las antigüedades de un filósofo sin vicios, ni de un patriarca sin debilidades; Jesucristo es el único sin tacha; el impecable por naturaleza. Puro y sagrado como el tabernáculo del Señor, respirando amor divino y humano, lleva á cabo, en medio de sus dolores, la grande obra de nuestra redención, imponiendo su doctrina por el ascendiente

ineludible de sus virtudes. Su carácter era amable, franco, sencillo; su caridad no conocía límites. El Apóstol lo dice en dos palabras: «Por donde iba, derramaba el bien.» Su resignación á la voluntad de Dios, se demuestra clara como la luz en todos los instantes de su existencia.

Si hubiera venido al mundo de los pecadores, conservando su esencia divina, facilísimo le fuera practicar tantas virtudes y soportar males tan feroces; pero ¡he aquí lo sublime del misterio! Jesús sentía el dolor corporal y sufría su corazón torturas cruentas, como cualquiera de los miserios mortales. Y, sin embargo, en sus labios sólo había palabras de amor, de consuelo, de perdón.

«Amaos los unos á los otros» predicaba

constantemente, para que esta máxima, difundida por todos los ámbitos de la tierra, abriera á quien la practicara las puertas del cielo. «¡Perdonadles, Señor, que no saben lo que se hacen» pedía fervorosamente á su Padre, compadecido de sus implacables verdugos.

Derramó copiosas lágrimas al separarse de sus discípulos bien amados, presintiendo los terrores de la tumba y las angustias de la Cruz; sangriento sudor rodó por sus mejillas, y lamentóse amargamente del abandono en que le tenía su Padre.

Cuando el ángel le presentó el cáliz á él destinado, exclamó: «¡Oh, padre mío! aleja de mí ese cáliz; pero si he de apurarlo, hágase tu voluntad.» Y escapó de su boca aquella exclamación que respira la sublimidad del dolor: «Mi alma estará triste hasta la muerte.»

¡Ah! si la moral más pura y el corazón más tierno, si una vida consagrada á combatir el error y á endulzar las amarguras del linaje humano, son los atributos de la divinidad: ¿quién osará nunca discutir ó negar la divinidad de Jesucristo?

Modelo de todas las virtudes, la amistad le ve adormecido en el regazo de San Juan y legándolo como hijo á su Madre; la caridad le admira en la defensa de la mujer adúltera; la piedad le encuentra en todas partes, enjugando las lágrimas del infortunio; revélase en el amor que le inspiran los niños su candor y su inocencia; la entereza de su alma resplandece entre los tormentos de la Cruz, y su último suspiro es un suspiro de misericordia.

CRUZ DE PLATA Y ESMALTES TRASLUCIDOS, SIGLO XV. — CATEDRAL DE VICH
Retrato de Jesucristo; por Anibal Carracci.

CRUZ PROCESIONAL DE PLATA, DE ESTILO OJIVAL, ARTE ESPAÑOL DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI. — IGLESIA DE AMUSCO.

El «Redentor del Mundo»; pintura de Anibal Carracci.

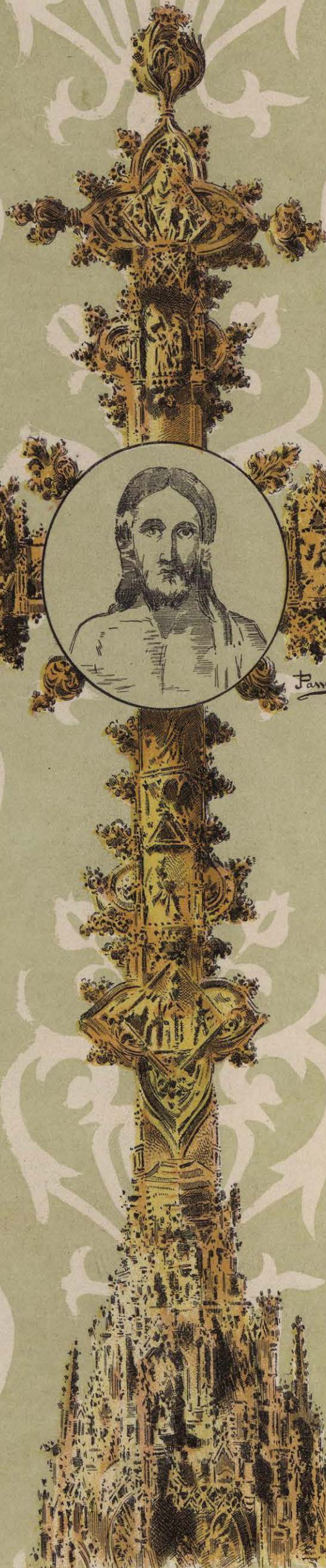
PROFECÍA DE LÁZARO

Lázaro despertó: sus grandes ojos como dos rosas de color violeta, se abrieron a la luz del sol; el cielo de la Betania pareció más niño a sus miradas; el paisaje todo, como bañado en juventud, surgía de un mundo nuevo, transparente y puro cual si hubiese caído alguna lluvia de salud y verdor sobre la tierra. Allí estaba Jesús, el Nazareno, ante la turba de judíos; Marta y María, de hijos y llorosas, besábanle la fimbria de su túnica y quedaba en sus labios luz.

Las gentes contemplaban a Lázaro, que mudo y pensativo, sus soberbios ojos

fijó en los de Jesús, y todos vieron la sombra luminosa de Isaias confundirse con Lázaro; su rostro se iluminó como si en su alma hubiese una encendida lámpara y dió un paso hacia Jesús; tan hondo fué el silencio que se sintió como el sollozo fúnebre de una visión solemne. Las palabras de Lázaro cayeron como enjambre de nómadas luciérnagas de fuego en las tinieblas de la noche; ardían. La voz se alzó diciendo lentamente:

«Huyó, pasó como salvaje cisne mi fresco sueño del sepulcro; un rayo de tibio sol vivificó el follaje del lúgubre ciprés que en mi alma llevo, y á tu acento, Jesús incomparable, como al de un arpa entre las viejas hayas de la ignorada selva, el pensamiento, hambriento buitres, se prendió en el árbol. ¡Oh! ¡No debiste despertarme! Tiene la vida yo no sé qué amargo acibar ni sé qué impulsos de feroz combate que al hombre niegan su divino origen; siempre que miro en torno hallo en las bestias como un fondo común con los humanos que me detiene á meditar y siento aquí en mi ser un animal de presa que se alimenta con mi propia sangre y con mi propia vida; y si hoy dormía la torva fiera su mortal letargo, ¡ay! tú debiste comprender, ¡oh Cristo! que no era bueno despertarme, que antes era preciso penetrar en mi alma para saber mis pensamientos últimos, mis postrimeras ansias, que debían ser las primeras, al venir de nuevo al mundo del engaño. Tus palabras que han prometido un más allá celeste, donde la dicha es para el alma buena, me convidaron á morir, y vuelvo de largo viaje sin saber un algo de la verdad de tus promesas dulces, con sólo la impresión de haber dormido solo y helado sobre blanda tierra, después de murmurar á mis oídos la voz de alguna virgen: «duerme, duerme» el hondo sueño de la nada, olvida «tu amor y tu existencia, y sobre todo, «la caridad y la justicia eterna,



«el ultraje sangriento de los hombres que mienten y que engañan».

Y tú mismo, ¿no sientes en los hombros el tormento de todas las falaces esperanzas que, como alondras desbandadas, brotan de la vivaz vegetación del alma de las turbas creyentes que te adoran? ¡No las engañes más, Jesús! Recuerda que porque sufren, porque están heridas del cuerpo y del espíritu, se embriagan con el olor bendito del ensueño de la justicia y la igualdad; te buscan y van en pos de ti, porque para ellas eres la flor que se adelanta al suave despertamiento de una nueva vida de juventud y de ventura; siguen por los caminos ásperos tus pasos imaginando que eres Dios del mundo, llamándote Mesías; ¡Cristo! ¡Cristo! no las engañes más; ya que enseñaste,

enseñales verdad, Hijo del Hombre, no más que la verdad, cristal sagrado que agosta las mentiras de la tierra y ve la paz del porvenir, que avanza trayendo los tesoros de la ciencia, como marchan cargados los camellos con esencias de Arabia. Sé más grande que los dioses mentidos de los hombres, para vivir por siempre en su recuerdo. Ve como Jehová flota en su tumba de nubes cual un naufrago olvidado, mientras guarda Moisés sus templos limpios, olorosos á nardo, en la memoria de los hijos de Israel. Olvida, olvida el loco afán de tus creyentes, piensa que no has de hacerle Dios porque los hombres no dejarán de derribarlos todos con un hacha mortal: su entendimiento.

Detén tus ojos de águila en los siglos que han de venir, algunos, como buitres del Setentrion, los otros, como cuervos de negras alas que saldrán graznando de monasterios y castillos, y otros, como águilas bañadas en la lumbré de un vasto sol que no hemos visto nunca: el astro del Análisis, la Ciencia clamará entonces que engañaste al mundo, y que si fuiste Dios, fuiste pequeño; mas si nació de mujer, el sueño de redención más bello y más profundo».

Y Lázaro calló. Con hondo espanto ante él bajó Jesús la mustia frente, y brotó la divina pasionaria en el lugar que humedeció su llanto.

ROBERTO BRENES MESEN

(Costa-Rica).

NOTA. Las imágenes de Jesús que damos en el presente número, orladas por las cruces, son acaso las más curiosas y poco conocidas; por lo cual tienen á nuestro juicio gran valor artístico é histórico, y serán vistas con agrado por nuestros suscriptores. El artista señor Passos las ha reproducido, al efecto, con la escrupulosidad que le caracteriza, de documentos rigurosamente auténticos.

CRUZ PROCESIONAL DE PLATA DORADA, SIGLO XV AL XVI. — COLEGIATA DE OSUNA.

Fresco en las Catacumbas de Domitila, Roma.

JESÚS DE NAZARETH

El sol en el ocaso: la llanura reflejando matices de oro y grana: de la montaña de Safet, lejana, orlada con festones de verdura, bajan cálidas brisas perfumadas por las flores silvestres: en el lago Genesareth las ondas agitadas murmuran con cadencia, y su eco vago se pierde, entre selváticos rumores, en las rocas con brillo de topacio donde anidan los pájaros cantores que, en raudos giros, cruzan el espacio. En la ribera, un grupo numeroso de humildes pescadores escucha con silencio respetuoso la voz sonora, dulce y persuasiva de un joven nazareno de mirada brillante y expresiva, que, de entusiasmo lleno, invocando de Dios el santo nombre, la buena nueva por doquier proclama



de que se hará la redención del hombre por la fe y el amor... ¡y él ora y ama!

Su elocuencia sencilla no tiene ni la flora exuberante con que la clásica oratoria brilla, ya en la agora de Atenas, impetuosa, ya en el pórtico, pulcra y elegante, ya en el foro romano, majestuosa. Para el pueblo predica, y en tono familiar y frase clara con fáciles parábolas explica la doctrina sublime que anunciará el profeta en sus trenos misteriosos, cuando á los hijos de Israel decía que habían de llegar tiempos gloriosos en que Jehová á su pueblo enviaría el verbo redentor, signo divino esculpido en el libro del destino.

Jesús de Nazareth llama á su lado, con tierno afecto, á aquellas pobres gentes que, al nacer á la vida, traen marcado el sello del dolor sobre sus frentes; y en torno de él acuden con anhelo los niños, los enfermos, las mujeres, los viejos, los mendigos, cuantos seres sobre la tierra lloran sin consuelo. En sus almas sencillas, candorosas, llenas de fe, sedientas de esperanzas, inculca las promesas generosas que condensan las bienaventuranzas; y esa idea sublime de una vida futura que repara la injusticia social y que redime al caído, y la gloria le prepara al desvaldido que en silencio gime, arraigando en la ignara muchedumbre, le presta aliento nuevo é inagotable para sufrir la inmensa pesadumbre de su infortunio rudo y perdurable. Ya su existencia triste y azarosa no abruma al pobre, porque al cielo mira... ¡Religión popular, grande y hermosa, la que el «Sermón de la Montaña» inspira!

Un Dios único, eterno y justiciero, padre común de todos los humanos; la Paz triunfante sobre el mundo entero; por la Fe y el Amor todos hermanos; la mundanal riqueza despreciada; la Virtud con respeto enaltecida; la Caridad doquiera promulgada con entusiasmo, como ley de vida; la materia humillada ante la idea; vencido el mal, triunfante la justicia... ¡Tal es el sueño hermoso que acaricia Jesús de Nazareth en Galilea!

«Profética visión consoladora ó fantástica utopía irrealizable?»

Su misión redentora cumplió ya el Cristo en hora memorable; del Gólgota brotó la luz divina que, irradiando doquier sus resplandores, los ámbitos del mundo aún ilumina; y, católica un día, la doctrina tuvo apóstoles, mártires, doctores, pontífices, concilios, ritos, leyes,

templos soberbios, culto esplendoroso, homenajes de príncipes y reyes y espiritual imperio poderoso. Mas ¡ay! el ideal que acariciara Jesús de Nazareth, ¡está muy lejoso! La sociedad que ayer se organizara al calor de sus dogmas y consejos, hoy á ciegas camina hacia el abismo, presa de una mortal indiferencia y un frío y desdenoso escepticismo que el alma hiela y mata la conciencia. Se hace cínico alarde de ateísmo; á la guerra se azuza á los hermanos por fanáticos bandos, siempre hostiles, y al pobre pueblo explotan, inhumanos, rudos escribas, fariseos viles, crueles é insaciables publicanos. El dulce nombre de Jesús, que evoca en toda alma piadosa una esperanza, hay quien le niega con soberbia loca; quien, blasfemo, contra él injurias lanza; y quien, infame hipócrita, le invoca como grito de guerra y de venganza. ¡Ah! no es posible, no, que Dios consienta de una guerra insensata los horrores con que sueña el fanático que alienta en su alma vil los odios y rencores de esa pasión maldita que á hermanos contra hermanos precipita.

Yo, que la santa paz amo y bendigo, aún la ilusión consoladora abrigo de que un tiempo vendrá en que el mundo vea triunfante, luminosa, pura y clara la religión de amor que predicara Jesús de Nazareth en Galilea. Y, cual en sueños, ya en mi patria hermosa miro surgir como visión luciente, entre nubes de nácar y de rosa, el Angel de la Paz resplandeciente que, ahuyentando al espectro de la guerra, canta, al par que sus blancas alas bate: «¡Gloria in excelsis Deo! Et in terra pax hominibus bona voluntate.»

E. SÁNCHEZ VERA

CRUZ PROCESIONAL DEL RENACIMIENTO. — CATEDRAL DE TOLEDO

Medalla hebrea existente en el Museo de Oxford